



---

Martes 5 de abril de 2022  
Cenacolino

## **“El Ministerio Sacerdotal”**

**S.B. Mons. Pierbattista Pizzaballa, OFM**

### **Cuarta Peregrinación Virtual de Magdala Celebración Eucarística**

Queridos hermanos y hermanas,  
¡Que el Señor os conceda la paz!

Me siento muy feliz de encontrarme con todos ustedes hoy para una celebración sencilla, en el lugar donde recordamos la institución de la Eucaristía, del sacerdocio, el mandamiento del amor y del servicio, el don del Espíritu Santo y de la paz. Un lugar, por lo tanto, que nos llama al origen de nuestra fe, pero que nos dice sobre todo cual es el corazón de la misión sacerdotal. Es por esta razón que dirijo un saludo particular a los sacerdotes y a cuantos se encuentran unidos a nosotros en esta celebración. Es un momento oportuno para reflexionar sobre algunos elementos fundamentales que nos edifican como Pueblo de Dios, como Iglesia de Cristo.

El tema que nos ha convocado hoy trata de nuestro ministerio sacerdotal, y como consecuencia nuestra vocación de ministros del sacramento de la Eucaristía, que Cristo instituyó la tarde misma en que habría sido traicionado. Por este motivo, quisiera dirigir esta homilía especialmente a mis hermanos sacerdotes y obispos.

Amados hermanos, durante esta celebración seremos invitados a renovar nuestras promesas sacerdotales. Por este motivo quisiera recordarles primeramente que somos sacerdotes y ministros para el pueblo y no para nosotros mismos.

Si yo, como obispo, pienso a mi papel de pastor del pueblo de Dios en esta Iglesia particular, unido a presbíteros de mi diócesis, como primeros colaboradores de mi ministerio, no puedo olvidar que estamos actuando delante del pueblo de Dios confiado a nuestro cuidado pastoral. Debemos conservar esta conciencia, que estamos al servicio del pueblo de Dios, de la Iglesia. Somos aquellos que estamos dispuestos a lavar los pies de aquellos para los que





fuimos llamados. También tenemos necesidad de apoyo en nuestro servicio, les pedimos su oración y el ser suficientemente humildes para dejarnos cuestionar por nuestros fieles, que tienen el derecho de ver en nosotros testigos valientes del Evangelio y signos de una vida auténtica, que habla por sí misma, y no sólo a través de palabras vacías o falsas apariencias. Como sacerdotes, efectivamente, a veces nos ocupamos de demasiadas cosas y corremos el riesgo de perder la esencia de lo que es nuestra verdadera vocación. Como pastores de almas podemos creernos salvadores, olvidándonos de ser salvados también nosotros. Nos consideramos ser doctores y maestros del saber, pero cuantas veces nos golpea la sabiduría de la gente sencilla.

Y esto nos lleva a otra dimensión de esta nuestra celebración, es decir, a aquella del mandamiento del amor y del servicio en la Iglesia. Hoy en la liturgia hemos proclamado el evangelio del lavatorio de los pies a los Apóstoles y del mandamiento del amor. Verdaderamente esta acción de Jesús es el verdadero significado de lo que es la Eucaristía, es decir, el sacramento del servicio amoroso, en obediencia al Padre, hasta la muerte de cruz. Jesús se convierte así en el diácono de la humanidad. Sirve con humildad y amor y desea que sus discípulos hagan lo mismo.

El momento central en este pasaje del evangelio que llama nuestra atención es el diálogo entre Jesús y Pedro. Delante de la humillación del Maestro, que se abaja a lavar los pies de los discípulos, Pedro no puede más que rechazarlo, no puede permitir que este gesto se realice para él. Y es precisamente aquí donde Jesús le confirma que, sin la aceptación de este gesto, el apóstol pescador no tendrá un lugar en el Reino. La negación de Pedro no será un obstáculo en su participación en el Reino, pero el rechazo del lavatorio de los pies, ¡¡¡ese sí!!! Dejarse lavar los pies significa aceptar a un Dios que sirve, exponerse al mundo sin miedo, sin temor al juicio de los demás, en definitiva, dejarse amar.

En esta su última cena, Jesús conoce la debilidad y los límites de sus discípulos, como conoce la pobreza de todos sus sacerdotes, continuadores de su gesto amoroso. Pero esta conciencia no bloqueó el amor de Jesús. También nosotros, como los discípulos y como Pedro, parecemos rechazar la gracia de Dios, no aceptamos que Jesús nos lave los pies. Jesús es fiel a sus decisiones, y por amor, día a día, nos invita a renovar nuestro deseo de pertenecer a El.

Jesús no teme nuestro pecado, como no tuvo miedo a la traición de Pedro, y como tampoco ahora tiene miedo de ser tocado y recibido en nuestras manos. Lo que sí puede verdaderamente frenar la acción de Jesús es la aridez de nuestros corazones frágiles, el cansancio y la rutina con la que a veces tratamos la Eucaristía.



Por todo esto, amados hermanos, los invito a orar por nosotros sacerdotes, por nuestra fidelidad a las promesas sacerdotales con las que nos comprometimos al inicio de nuestro ministerio, para que renovemos cada día de nuestra vida sacerdotal el deseo de vivir intensamente el sacerdocio de Cristo y de la Iglesia. Hay que orar mucho para que el polvo, que año con año se pega a nuestros pies, a veces cansados de caminar por senderos hechos ciertamente de tanta alegría y pasión, pero también de incomprendimientos y de pobrezas, no cubra nuestras mentes. Polvo que en ocasiones podría recubrir también nuestros corazones, alejándonos del Corazón de Cristo. Jesús sigue disponible a lavarnos los pies, a perdonar nuestros pecados, nuestras infidelidades, nuestras miserias. Nos invita a regenerarnos a través del Sacramento de la reconciliación y nos repite las mismas palabras dichas a Pedro: “si no dejas que te lave los pies no tendrás parte conmigo”.

Agradecemos a Dios también por todos aquellos que testimonian su servicio con humildad y dedicación. Podemos aprender de estos hermanos a no tener miedo de volvernos vulnerables, para encontrarnos con aquellos que son débiles e indefensos de frente al sufrimiento humano. Que seamos capaces de lavarles los pies, venciendo nuestro propio egoísmo. De este modo nos convertiremos verdaderamente en iconos de Cristo, Siervo de la humanidad. El servicio verdadero frecuentemente está escondido y pasa inobservado por los medios de comunicación y por las redes sociales. Es solo el resultado de nuestra total donación personal a los demás. Pero para realizarlo, debemos dejar que Cristo nos lave los pies y nos sirva. Si nos resistimos, como hiciera inicialmente Pedro, no podremos entender jamás qué cosa signifique el ser discípulos de Jesús.

**Envío un saludo particular a cuantos han seguido esta peregrinación cuaresmal virtualmente. Que la gracia de Dios sembrada en nuestros corazones por los sacramentos de la iglesia nos haga participar cada día de modo más profundo y fructuoso en la vida de Dios.**

Queridos hermanos y hermanas, que esta celebración sea para todos nosotros una invitación a construir la Iglesia de Cristo como comunidad de amor, para que “recibamos la plenitud de la caridad y de la vida”, en la gloria de la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por medio de la cual fuimos salvados y liberados (Gal. 6 14). Amén.